

El Hombre (Manuel Jiménez Cossío) y la Institución (Libre de Enseñanza)

por Emilio Garrigues (1)

El artículo del Señor García Lora en "El País" de 1-4-78 dejaba cumplida constancia de la extraordinaria personalidad y carrera vital de Manuel Jiménez Cossío (2). Ahora bien, no sólo por amistad, sino por creer que es justo y necesario darla a conocer, a título de español ejemplar, a tantos compatriotas para los que era un perfecto desconocido, me permito este ulterior comentario. Es cierto que, como decía Chesterton, no nos enteramos de la existencia de tantas personas hasta el último momento, al publicarse el parte necrológico. En este caso, sin embargo, cabe asegurar que, de haber vivido en España y no en la tercera (geográficamente la Nueva, como en un principio denominamos a Méjico) no podía pasar desapercibido, pues incluso ha brillado por su ausencia (cosa que es harto más meritoria que brillar por la presencia), precisamente en unos años en que nuestro sistema educativo se ha extendido, por fortuna, aunque, como suele ocurrir, sin ganar en calidad. Ahora, en la nueva etapa española, su experiencia cosmopolita, que le hacía estar "international minded", perfectamente compatible con su acendrado españolismo, catalizado a través de su lealtad hacia Méjico, su segunda patria, hubiese rendido óptimos frutos en amplios sectores de nuestra vida pública.

(1) Embajador de España en la R.F.A.; ex-Embajador, Delegado Permanente de España ante la UNESCO.

(2) Su nota necrológica fue publicada en el núm. 13 de esta Revista (N. de la R.).

Jiménez era lo que en la jerga de las Naciones Unidas se llama un generalista, "a man for all seasons", un artífice del consenso, un desfazedor de entuertos, efectos balsámicos conseguidos gracias más que a triquiñuelas y arrumacos (aunque a fuer de gallego y andaluz no le faltaban), a inteligencia, habilidad, simpatía, comprensión y humanidad. Su capacidad persuasiva, que, antes que intelectual empezaba por ser física (pues los cuerpos, de por sí, atraen o repelen), sensorial, predisponiendo en su favor a sus interlocutores, aplastaba "in ovo" cualquier posible antagonismo, pese a que Jiménez se convertía fácil, insensiblemente en protagonista de cualquier situación. No necesitaba para ello recurrir a la sólita "captatio benevolentiae" inicial ni al ulterior empeño suasorio. Más bien huía de todo aparato retórico, careciendo, según él, de aptitud, pero en realidad de vocación, para el discurso.

Siempre me intrigaron tales dotes de ganarse voluntades, de superar contrastes, de encontrar soluciones, algo que no es ciertamente flor natural en el yermo hispánico y, ahora, su muerte prematura, me plantea con más ahinco el enigma. ¿Se trata de dotes heredadas, de una aplicación automática de la ley genética? No sería imposible si se repara en su doble herencia: su padre, malagueño sensible y fino, fue interlocutor ideal para sus coetáneos españoles y para los extranjeros distinguidos que acudían a la Residencia de Estudiantes; en cierto modo bien pudo ser el Eckermann de Ortega, y si no "maître à penser" de la juventud provinciana que se "desbravaba" en la Benemérita Residencia, sí maestro de modales, de los que estábamos tan horros los jóvenes españoles. Consiguió, así, don Alberto, en la madrileña colina de los Chopos ser "ante litteram" lo que años después remataría en Oxford: un maestro de humanidades. En cuanto a Natalia, une a la finura cultural del Señor Cossío, una deliciosa carga de sal y pimienta que le lanza hacia atisbos bien penetrantes y le veta todo beaterio y ñoñería. Yo diría que su eterna juventud le permite continuar siendo "l'enfant terrible" de toda la familia institucionista.

Semejante interpretación, sin embargo, no me satisface pues la programación genética no es, en definitiva, sino la versión sofisticada de la desafortunada expresión de "nacer en buenos pañales", acuñada por la peor mentalidad burguesa. Encierra, no obstante, un grano de verdad, pues aunque el hombre es el único animal que tiene que aprender su conducta, no es menos cierto que la educación es un complemento, en última instancia, un mero "Ersatz" de las dotes naturales: los auténticos creadores nacen enseñados, no necesitan erudición.

La otra interpretación, la de que no se nace, sino se hace, no sólo es complementaria, sino harto más satisfactoria que la primera. Sirve, por añadidura, no para resolver el complejo problema del papel representado por la Institución Libre de Enseñanza en la vida española, pero, sí, al menos, para plantearlo. Lógicamente es algo que está imbricado en el tan manoseado esquema de las dos Españas, capaces ambas (y no sólo una, según pretendía Machado) de "helarte el corazón"

y también de enriquecer la personalidad, la identidad individual y colectiva (recuérdese el "Zwei Seelen wohnen, ach, in meiner Brust" de Goethe). Nadie, por supuesto, ignora que el programa institucionalista era inequívoca y primordialmente educativo para lo cual, con infinita paciencia y esperanza, habida cuenta de la notoria desproporción entre medios y fines, empezaron a laborar aquellos maestros apostólicos a nivel infantil, inspirado quizás inconscientemente en la predilección de Cristo hacia el niño: si éste ha de entrar como adulto en este mundo, para entrar en el otro ha de volver a la infancia.

Más arduo es situar el programa educativo en su contexto histórico-político puesto que se trataba de rectificar el curso de la historia de España. En este sentido Fernando de los Ríos definió la empresa como un nuevo erasmismo, mientras que Américo Castro propuso una relectura, como ahora se dice, de Cervantes. Lo único seguro es que los institucionalistas eran disidentes respecto a la España oficial, como lo fueron los ingleses que no se conformaron con el anglicanismo, más en lo ético y en lo religioso, ciertamente, que en lo político. A Natalia Jiménez le he oído que fue la adopción de ciertas actitudes intransigentes por Pío X, lo que apartó a Giner y algunos comilitones del catolicismo. Si esto fuese cierto, el lema de Fernando de los Ríos "a la ética por la estética", (revalidado por el profesor de esta última disciplina, Valverde tan gallardamente hace pocos años), aunque inspirado en una larga tradición que arranca de Platón, respondería más a la personalidad y docencia del esteta Cossío que a la del asceta Giner. Evidentemente si sólo se hubiese tratado de un programa estético, la Institución Libre de Enseñanza no habría conseguido tamaño arrastre nacional. Sería, pues, tanto falaz como infecundo enfatizar semejante dualismo. Precisamente uno de los temas de nuestras digresiones unesquianas era que Manolo y yo nos asombrábamos de que la extraordinaria belleza del cielo y tierra españolas, reflejada a menudo en el arte y folklore, apenas lo estuviese en la conducta de los hombres, quienes tanto en la vida privada (trato familiar, adorno del hogar) como en la pública, a menudo nos comportamos con chabacanería y mal gusto.

No ofrece duda que los padres fundadores de la Institución eran bien conscientes de ciertas carencias genético-pedagógicas del hombre hispánico, aunque a fuer de respetuosos de su libertad se propusieron más que su dirección (siempre en peligrosa vecindad con la domesticación) su orientación. El imprescindible elemento autoritario (entendido como "auctoritas" más que como "potestas") me parece reflejarse en el término escogido para autodefinirse. Institución, precisamente, en lugar de asociación, pese a que ésta indica una relación más laxa, que no era otra que la vigente en la "casita" de Chamberí.

La ubicación en este barrio populachero, que no popular y ni siquiera castizo (del Madrid mitificado y, a decir verdad, un tanto estereotipado por mi primo Antonio Díaz-Cañabate), no deja de ser grano, ya que no piedra, de escándalo. Chamberí constituía el antípoda

urbano de la Colina de los Chopos (Instituto-Escuela, Residencia de Estudiantes, Instituto Rockefeller, Auditorium), que merecía el, por otra parte, pretencioso calificativo de "haut-lieu de l'esprit", cara al Guadarrama (tan gineriano, según lo señala el celeberrimo poema de Machado), en olor de santidad laica (no de incienso, sino de romero, jara y pinó), que en la década del Veinte llegaba todavía hasta lo que entonces era descampado más que arrabal.

De aquí que se me antoje harto significativo el hecho de que la familia Jiménez Cossío, que vivía en esa altura (como dije con algo de torre de marfil elitista), cuidase de que sus hijos descendiesen a Chamberí, a educarse en sus primeros años, los más formativos, en la paupérrima Institución mejor que en el Instituto-Escuela, más próspero y progresista. Semejante decisión deliberada (y, si inconsciente, harto más reveladora) se debía, ciertamente, a un afán democrático de acercarse al pueblo, inseparable del afán liberal en la mentalidad de aquellos acomodados burgueses que eran casi todos los padres fundadores.

Buñuel, en su sátira cinematográfica "Le charme discret de la bourgeoisie" niega a ésta (in)justamente todo encanto, pues cuando es inteligente y culta consigue lo que ninguna otra clase social: tomar de la aristocracia los buenos modales, la forma, y del pueblo los buenos instintos y sentimientos, el contenido, que componen, ambos, toda verdadera cultura. Esta importantísima función de ósmosis en el cuerpo social es la que realizó el grupo de descendientes sanguíneos y espirituales de los fundadores.

Función desempeñada, por lo demás, con la elegancia del esteta más que con la pedantería del domine, recurriendo al "sermo nobilis" y al "sermo vulgaris", indistintamente, pero siempre con distinción, es decir, con gusto. En la educación del gusto, tan cultivada en la Institución, fue pionera doña Emilia Gayangos, la esposa de don Juan Riaño, matrimonio benemérito, puesto que a ambos se debió la vocación estética (plantas aromáticas, cerámica de Talavera, tejidos populares) de Giner y de los primeros institucionistas, sin mengua de la vocación ética que les venía de otra —aunque también propia— raíz espiritual: la del maestro de casi todos ellos, Julián Sanz del Río.

Para terminar estas superficiales y fugaces aproximaciones a tan apasionante tema hispánico, me gustaría hacer una última consideración en que también comulgábamos Jiménez y yo. La Institución pudo y debió tener en su primera fase un carácter netamente disidente, incluso sectario (si se repara en su dimensión de reforma de matiz religioso), en justa reacción frente a la (in)cultura oficial. Ya mucho antes de la República sin embargo, gracias a la Monarquía parlamentaria, bajo políticos liberales cual Romanones y Alba, se había reintegrado total e insensiblemente a la sociedad y al Estado. Así lo demuestran instituciones, hijas y sobrinas de la Institución, como la Junta de Ampliación de Estudios, el Centro de Estudios Históricos, el Instituto-Escuela, la

Residencia de Estudiantes el Instituto Rockefeller, etc. Harto significativo de este proceso de reintegración es que muchos de los que frecuentábamos el Instituto-Escuela no sólo procedíamos de medios apolíticos y centristas, por no decir derechistas (Maeztu, Salaverría, Ortega, Díez-Canedo, Ors, etc.), sino que ignorábamos todo de la Institución, lo cual dice mucho de su elegante aversión de la propaganda. Es el caso de invocar aquí la parábola de que si el grano no muere, no da fruto.

Tal fue, me parece, "le charme discret" de la Institución, consistente en orientar sin dirigir, en predicar sólo con el ejemplo, de formar sin avasallar, de innovar sin demoler, que Manuel Jiménez Cossío difundió con tanto rigor como distinción en su vida y en su obra, a todos los acimutes, desenvolviéndose con tanta gallardía en el "one-world" unesquiano, precisamente por provenir del "piccolo mondo" pequeño y fecundo de Chamberí como el grano de mostaza. Su ejemplo demuestra que, cuando la institución se hace para el hombre, y no a la inversa, como por desventura suele ocurrir, la relación que se establece no es conflictiva sino armónica. De tal modo ser el hombre de la Institución redundó para Manolo en instituirse como hombre cabal... nada menos que todo un hombre. He aquí como el culto de la personalidad se resuelve, es asumido por el de la institución, siempre y cuando ésta no descuide su dimensión humana.

Dicho esto (no contra esto y aquello, sino por esto y aquello) insisto en desdecirme definitivamente. Si, según Goethe, feliz es aquella vida cuyo término enlaza con el comienzo, el presente comentario será infeliz, pues aporta la contradicción final a un texto de suyo contradictorio, a fuerza de pretender equilibrio, en este caso entre el individuo y la especie institucionista. Manolo, hijo de Jiménez, nieto de Cossío, y no sólo discípulo sino devoto de ambos, se me antoja ser, no sé si paradójicamente, la palmaria prueba de la innanidad de toda, incluso de la mejor educación para los mejores educados. Lo siento, (pues huele a elitismo) pero es así como lo siento. Me explico: Manolo nunca recibió o aceptó educación, entendida en cuanto enseñanza y no, como debiera a ser en cuanto crianza ("public school" más que "lycée"). Manolo obtuvo, no los banales "buenos pañales" sino la excelente crianza de sus padres y abuelo. Por lo que hace a la escuela, la única que practicó fue "l'école buissonnière", hizo novillos, aprendió por libre, fue autodidacta.

Al actuar, al ser, así, no entraba en conflicto con la Institución en cuya puerta hubiera podido figurar la inscripción, tan repetida por sus profesores "aquí no se viene a estudiar, sino a aprender a ser buena persona". De la Institución se podría repetir lo que K. Vossler dijo de Lope: no educa, da alas.

Si, pues, Jiménez fue libre pensador y libre actor, no lo fue por rebeldía, sino, muy al contrario, por fidelidad (a sí mismo, en cuanto fundamento y principio de identidad). En este orden de ideas citaré

una profunda y ambigua (como suya) de Hegel en la Filosofía del Espíritu "Die Allgemeinheit zu der Einzelne als solcher gelangt, ist das reine Sein, der Tod". Enigma que yo interpreto, erróneamente acaso, (pero según decía d'Ors, "porque me conviene") como que el individuo sólo alcanza la generalidad a costa de morir. Me conviene, decía, pues pocas personas he visto vivir tan intensa y plenamente, esto es, tan ajeno a la muerte, como mi amigo, cuya elegía, por la misma razón, me resulta tan difícil, tan irreal.

De Andrés Segovia dijo su primer maestro de guitarra que más que aprender, parecía recordar. Lo mismo podría repetirse de Manolo, quien lo que no sabía lo inventaba, en el bien entendido de que no hay mejor sabiduría que la de inventar. Aprender puede cualquiera, inventar sólo los "happy few", aunque de este aforismo lo único cierto es que son pocos, no que sean felices. Manolo lo fue, seguramente, en esta vida, como deseo que lo sea en la otra, ya que si cayó, como cada quisque, en la tentación, nunca perseveró. Por lo mismo que no fue eantontimerúmenos, tampoco atormentó a nadie, y es justo que quien practique aquende la paz, obtenga también la del allende.

Del (im)paciente lector que se quejase de tanto escarceo, intentaré ampararme, con la debida modestia, en una cita de Kafka: "Escribo diferente de lo que hablo, hablo diferente de lo que pienso, no pienso como debiera, y así se prosigue hasta la más profunda oscuridad". ¡Más claro, agua!

La circunstancia atenuante, ya que no eximente, invocada a través de testigo de descargo tan autorizado como Kafka, sirve de moraleja final a mi comentario necrológico. Si, pues, el propio discurso es contradictorio y ambiguo, si todo autor necesita ser su propio hermeneuta ¡cuánta mayor paciencia debemos ejercer frente a los discursos ajenos! De semejante cultivo de la tolerancia era (y es) la UNESCO escuela insuperable. Tanto en las sesiones de su Conferencia General como en las más frecuentes del Consejo Ejecutivo, se llegaba penosamente a su consenso que antes de ser aplicado por la Secretaría, requería interpretación. En semejantes ocasiones recordaba yo con Jiménez la respuesta del maestro Mairena a la pregunta de un alumno desconcertado: "¿En qué quedamos? Pues en eso". La aporía socrática y, en otro orden, la parábola cristiana, nos enseña igualmente la virtud de la tolerancia: "Dar frutos por la paciencia", recomendaba San Pablo. El proverbio "la caridad bien entendida comienza por uno mismo" suele concebirse como profesión de cinismo cuando, en realidad, lo es de humildad: sólo aprendiendo a soportarnos a nosotros mismos, conseguiremos soportar al prójimo, sobre todo al pretencioso. En este sentido decía Chamfort que había que "se laisser apprendre des choses qu'on sait par des gens qui les ignorent". Pues bien, esta lección, que proviene doblemente de la Antigüedad y del Cristianismo es la que relanzó la Insitución y practicó Jiménez, y que sigue conservando plena vigencia en la España de 1979.